

El Josefino[®]

Nº 29 Mayo 2021
DISTRIBUCIÓN GRATUITA

“NO
TEMAS,
JOSÉ”

Pág. 6

SAN
BENITO JOSÉ
COTTOLENGO
Y SAN JOSÉ

Pág. 10

*“Sus manos son anillos de oro guarnecidas
de piedras de Tarsis”*

(Cant. 5,14)

SUMARIO

... Al lector...



	Pág.
AL LECTOR	3
ORACIÓN A SAN JOSÉ	4
“NO TEMAS, JOSÉ”	6
SAN BENITO JOSÉ COTTOLENGO Y SAN JOSÉ	10
JOSEFOLOGÍA	12
SU SILENCIO FECUNDO	14

Estimados Josefinos:

En mitad de un mundo cada vez más decadente, que mira “sin inmutarse”, y la mayoría de las veces, un tanto “irónico” cómo se derrumba la *familia* e intenta inocular en las almas la tiranía del *relativismo moral*, echando por tierra toda autoridad paterna dentro de la familia bien constituida, es urgente acudir a San José.

Ante este mundo *nihilista y materialista* que considera que al final todo se reduce a la nada y, por lo tanto, nada tiene sentido, rechazando todos los principios religiosos y morales, a menudo fundamentándose en la creencia de que la vida no tiene sentido, que no existe un Dios, despreciando las virtudes cristianas que tachan de anticuadas y traumáticas, es necesario acudir a San José y tomarlo como modelo.

San José es un signo y una palabra “viva” para el mundo actual que pareciera camina “*a la deriva*”. Y así como el Faraón, del Antiguo Testamento, le dijo a su pueblo en un momento de gran calamidad y desesperación: “**Id a José y haced lo que él os diga**” (Gn 41,55) igualmente hoy, ante todas las tragedias que acosan a la humanidad entera, se impone la necesidad de volver al Santo Patriarca porque... “**él guiará nuestros pasos por el camino de la paz**” (Lc 1,79)

La Redacción.



Oración

A SAN JOSÉ

“Alma de San José”

*“Alma de San José, marianízame.
Corazón de San José, enciéndeme.
Cuerpo de San José, purifícame.
Pobreza de San José, enriqueceme.*

*Obediencia de San José, perfeccioname.
Paciencia de San José, santifícame.
Humildad de San José, protégeme.
Nobleza de San José, engrandéceme.
Nombre de San José, dulcificame.*

*Gozos de San José, alegradme.
Dolores de San José, fortalecedme.
Silencio de San José, enseñadme.
Fe de San José, iluminadme.
Confianza de San José, inspiradme.
Protector de mi alma, socorredme.*

*¡Oh glorioso Patriarca San José!
llevadme al encuentro de María,
tu Esposa, para adorar
a Nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
y en Él a la Santísima Trinidad”*

Amén

“No temas, José”

“He aquí que Dios mismo os dará una señal: una virgen concebirá y dará a luz a un hijo que se llamará Emmanuel, es decir, Dios con nosotros” (Is 7,14).

Quántas veces había oído San José este mismo texto en la Sinagoga. Después de sus desposorios con María lo escuchó de “otra manera...”. Se estremeció en su interior... ¿una virgen y madre?... ¿Quién podría ser...? ¿María, cuya santidad, sabiduría, inocencia, conocía bien...? ¡Tal vez fuera Ella la elegida por el Señor para que concibiera al Mesías tan esperado por el pueblo de Israel, y más en ese tiempo! ¿Cómo afrontaría él tal situación?... José se debatía; era casi una obsesión permanente en Él... “No me escondas tu rostro, Señor...” (Sal 27,9).

Y volvía a pensar... “Si Dios la escogiera no podría quedarme a su lado; usurparía ante el Señor y ante los hombres el lugar que solo correspondía a Dios... Aparentaría algo “falso”; falsearía la verdad que siempre había sido como un sello indeleble en su actuar...” No se trataba de un temor como del que vive en el pecado, sino del temor reverencial que embarga el alma de los elegidos ante el misterio de lo trascendente. Era un temor que solo Dios podía disipar.

Y he aquí que un día... el día más grande para la humanidad se cumplió... “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí...”. Lo que había “temido” San José acababa de suceder: *María había sido elegida por el mismo Dios. Tenía que ser así... la pureza misma se juntó con la Inmaculada Concepción...*

San José debía dejarla “libre” para Dios. Dios había tomado para Él a María... ¿quién era él, el artesano desapercibido, trabajador, pequeño... para interponerse en los caminos del Señor? ¿Quién era él, que a sus ojos parecía nada, para recibir en su casa a María, Esposa de Yahvé? Todo le atravesaba el corazón; no era digno de recibir a su Dios; sería el más grande pecado de soberbia creerse con derecho a algo y sentirse digno de tanta grandeza... ¡No!

Tampoco podía manifestar a nadie lo que acababa de suceder. No era digno de ser el “portavoz” de tan sublime acontecimiento. Tenía que seguir siendo fiel a quedar en “segundo plano” frente a su Señor. En conciencia tenía que retirarse, irse en silencio, sin decir nada a nadie porque él no era “nadie” para hacerlo... Y tomó la decisión más dura, tal vez, de su vida... “dejaría libre a María, se iría él de Ella sin dar explicación de nada ni a nadie...”



Pero Dios, que no piensa como los hombres, que *ensalza al humilde* de corazón pensaba de otra manera. El Ángel de Dios se le apareció en una revelación nocturna en el momento más angustiante: *“José, hijo de David, no temas tomar contigo a María, tu mujer; ciertamente lo que hay en Ella es del Espíritu Santo; Ella dará a luz un Hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados”* (Mt 1,20).

También a sus antepasados del Antiguo Testamento los reconfortó Dios con palabras similares: *“No temas, Abrahán, yo soy tu escudo; tu recompensa será muy grande”*(Gn 15,1); También a Isaac: *“Yo soy el Dios de tu padre Abrahán. No temas, porque yo estoy contigo”* (Gn26,24).

Y desapareció el Ángel... José, lleno de la alegría más grande que el mundo no se podía imaginar, recibió a María en su casa. Dios lo había tomado “a él”, sí a él, para que pudiese “introducir” en la descendencia de David a Jesús. “No temas”, le dijo el Ángel. No le había echado en cara su “duda” sino su “temor” que era algo muy diferente.

Ya Dios sabía del corazón de San José. No habría podido dudar jamás de María, la conocía demasiado bien en su pureza para poder hacerlo. Temió su indefensión, su “no llegar”, su indignidad, su “no ser digno, Señor, de que entres en mi casa”. Ahora el Ángel lo confirmaba todo... Y San José lloraba de alegría, de gozo, de saberse protegido por el Señor aun en las mayores pruebas. Su rostro irradiaba aquella mañana mayor felicidad si cabía. Desde entonces, por la alegría que le dio, *lo vendió todo y se quedó con ese Tesoro que un día María pondría en sus manos: JESÚS.*

Meditación JOSEFINA

“No temas, José”





**SAN BENITO
JOSÉ COTTOLENGO
Y SAN JOSÉ**

El hecho sucedió en la pequeña casa de Turín. En vida del Fundador los enfermos que albergaba serían unos trescientos.

Ya entonces, el cuidado de este Hospital estaba confiado a la Divina Providencia que renovaba cada día el milagro de alimentar sin rentas ni ingresos fijos a los enfermos y al personal religioso y sanitario. Cada mañana veía llegar lo que era necesario para el día.

Una vez, hacia las nueve de la mañana, la Superiora fue a la capilla a avisar al santo fundador:

- "Padre, son ya las nueve y no han traído nada para el mediodía ..."

- "Pero hija, -contestó el padre- hasta mediodía todavía hay tiempo..."

- "Pero padre, son trescientos enfermos, sin contar con el personal... el tiempo para encender los hornos..., de preparar... ¿se da usted cuenta...?"

- "Hija, ¿Por qué me pide a mí?... Ya sabe que yo no tengo nada. Mejor será que se vaya usted **a quejar a San José...**"

A las once, la superiora vuelve de nuevo, turbada e inquieta:

- "Padre, ¿qué haremos? Hemos pedido a San José, las monjas, los enfermos... No ha venido nada. Son las 11, ¿cómo vamos a dar comida a las doce?"

- "Hermana, veo que **su confianza en San José es muy escasa...**"

- "Pero padre, póngase usted en mi lugar... nosotras somos las responsables... ya tengo confianza, pero me veo obligada a pensar que habríamos de proveer por otro camino... Y en todo caso, aunque ahora trajeran, sería demasiado tarde para la comida del mediodía. Ya no es posible y se lo vengo a avisar..."

El santo fundador muy sereno despide a la Superiora exhortándola a la confianza. Esta se aleja diciendo:

- "Por mucho que diga, no comeremos a mediodía. No es posible..."

A las doce llaman al hospital. Es un suboficial del vecino cuartel. Viene un poco molesto:

- "Hermana Superiora, me envía el comandante del Batallón. Habíamos preparado el rancho para 600 hombres del cuartel y ahora nos llega el enlace que anuncia que el batallón continúa las maniobras y no llegará hasta la noche. El Comandante está bastante enfadado; no vamos a malgastar toda esta comida. De repente tuvo una idea y me dijo: "Toma las cocinas ambulantes y vete al Cottolengo a ver si esto les sirve para algo..." Ya veo que es muy tarde, hermana, pero las cocinas están ahí y todo está caliente... ¡si para algo les aprovecha...!"

Seiscientas raciones para trescientos enfermos. ¡Ya podían dar las doce en el reloj de Turín!

También San José tenía su reloj... y muy bien sincronizado con la confianza de San Benito José Cottolengo

**Con razón
ERES AMADO**
(Cant. 1,4)

Josefología

“La glorificación de San José”

El Papa San Juan XXIII, en una Homilía en la fiesta de la Ascensión en mayo de 1960, coincidiendo con la canonización de San Gregorio Barbarigo, explícitamente trae la opinión de Santo Tomás de Aquino, en su comentario al Evangelio de San Mateo, el cual afirma que “*aquellos santos que resucitaron, salieron de sus tumbas y se aparecieron a muchos después de la resurrección de Cristo y entraron con Él en el cielo...*” (Mat 27,52). El Papa llega a decir que “*puede creerse en la Asunción corporal de San José, San Juan Bautista... y muchos otros...*”

Continúa el Sumo Pontífice “*Entre los doctores que interpretan este pasaje de San Mateo, Santo Tomás en su “Comentario” toma posición decididamente con aquellos que afirman que los cuerpos de los santos que habían muerto resucitaron para entrar con Cristo en el cielo... Corresponde -continúa el Papa- a los muertos del Antiguo Testamento más cercanos a Cristo; nombremos dos de los más íntimos a su vida: San Juan Bautista y José de Nazaret, su Nutricio y Custodio; por lo tanto, piadosamente podemos creer que ellos tuvieron el privilegio de inaugurar este admirable acompañamiento en el camino de los cielos” (Acta Apostolicae Sedis 52, pág. 455-456)..*

S

an José es, desde luego, el santo del silencio. No dice nada en los Evangelios. Lo imaginamos como un hombre de *pocas palabras, piedad profunda, sonrisa apacible*. Todo lo que hace y dice nos recuerda el valor insustituible que, para la oración, tiene el recogimiento, el ser dado a lo “interior”.

El mucho hablar, dicen los santos, cansa el cuerpo y deja árida el alma. Todas las palabras sobran para él. Cuando todos hablan “al tiempo”, San José simplemente calla.

El silencio, cuando es *fecundo*, cuando se llena de Dios, abre puertas y ventanas al diálogo con el Señor. San José no necesitaba manifestar al mundo los secretos de Dios; y cuando los manifestaba era la “prudente palabra orientadora y sabia”.

El verdadero silencio, *los silencios* de San José, equivalían a “escuchar” a Dios; no había otra forma de “conocer su Voluntad” sobre su propia existencia.

Desde la Anunciación, Belén, Jerusalén, Egipto, todo había sido para él escenarios de un aprendizaje lento pero profundo; y todo “envuelto” en silencio. Su grandeza: tener “el mando” y vivir obedeciendo a las Voces de Dios, pero en silencio. Porque para él, cuando habla Dios, todo lo demás sobra.

¡Por ahí tenemos que empezar!

Su silencio fecundo





“La vida de
San José no
siguió otro
camino
distinto al de
María”

(P. Rodrigo Molina)

Síguenos en:



Ejército Blanco



www.reinadodemaria.org

NSEradio
www.nseradio.com
www.nsetv.com



nsetvradio



@nseradio
@nsetv



nseradio
nsetv

Si lo desea, puede contribuir con un donativo a la difusión de El Josefino.

E-mail: revistaeljosefino@gmail.com